

## ESCRITORES ITALIANOS

---

### SOFFICI

Joven, literato, pintor valiente con admirables bizarrías líricas y calientes tonalidades de exuberante colorista. Figura o se dice entre los futuristas. Ardengo Soffici es de los primeros, de los buenos. Tiene una visión rápida y neta de los paisajes, de las figuras que cobran una nitidez solar al golpe del pincel de luminosa tinta, con que escribe. Se deja arrebatarse a veces por raptos de lirismo que se dijera refrena con las aceradas riendas del sarcasmo más acre. Modernísimo; su prosa mórbida y sensual contiene elementos musicales y pictóricos que la complementan bellamente.

De "Arlecchino", arranco estas páginas paradójales que le presentarán mejor que yo.

### Renuncia.

En el tranvía que corre entre mi lugar y Florencia, cada vez que iba a la ciudad, encontraba una muchachita rubia y tímida, de la cual resulté poco a poco amigo. Sentado frente a ella, las rodillas vecino a las rodillas, las botas sobre el mismo calorífero, le contaba historias para hacerla reír (¡era bella su boca!), le narraba viajes lejanos, aventuras. A veces le prestaba un libro.

El primavera, llegaba a la estación azás presto, paseaba por la margen del Ombrone y cogía alguna margarita tempranera, unas anémonas, que después le ofrecía. Mientras el tren corría le hablaba en voz ba-

ja, dulcemente, mirando su rostro fresco y pálido. Alguna vez, volviendo en un momento la cara al cristal tras del cual huía el paisaje, sorprendía sus ojos posados en mí —y ella se ruborizaba un poco. Entonces le sonreía y de inmediato volvía los ojos a la campiña florida, soleada y beata, en el celeste de las colinas ondulantes allá hacia el horizonte, de la pradería regada de canales rectos y lucientes.

A veces callábamos, contentos, no sabíamos de qué.

Una noche ella se levantó y salió a la plataforma del vagón para contemplar la luna que surgía, empurpurando todo, sobre Vallombrosa. Yo la seguí. Apenas fuera una ráfaga casi le arrebató la boa de pelo oscuro: la tomé al vuelo y se la envolví dos o tres veces en torno al cuello, con ternura, como a una hermana. Hacía frío y el cielo estaba sereno. Sobre nuestra cabeza titilaban las estrellas aún no vencidas por la luz de la luna —y yo le enseñaba y decía el nombre de aquellas que conozco, que todos conocemos: la Osa Mayor, la Osa Menor, la Estrella Polar... La luna le volvía blanco el rostro joven y ella sonreía, en silencio, como si esperase todavía algo.

Yo sentí entonces que podía amarla, que indudablemente la amaba; que hubiera bastado tomar su pequeña mano posada sobre la barandilla e imprimir, sobre aquella mano, un beso mudo —pero no dije nada y no me moví. ¿Para qué? Todos los amores terminan tan mal, que el acto más profundamente amoroso, es, sin duda, ocultar al ser amado el palpitar de nuestro corazón.

Después, no la volví a ver más.

### Misterios menudos.

Estábamos en la ventana; se miraba el cielo de agosto, plácido, sereno hasta lo infinito y todo llameante de estrellas. Ella me dijo:

—Si ves caer una, haz al instante un voto y será cumplido.

Un minuto después, una pequeña estrella se destacó del azul y voló rápida hacia el horizonte como una gota de fósforo.

Inmediatamente, dentro mío, nació este deseo: ¡Que ella muera!...

¡Por qué?... ¡Ahora está enferma!

Y la amo. Y la amo. ¡Es terrible!...

### Febrero.

El sol es caliente como en estío, pero la salvia silvestre no perfuma tan fuerte.

El chico —compañero mío— encaramado sobre un pino, coge las piñas rojas y duras que le pinchan las manos. La sombra del follaje juega en su cara inflamada sobre el cielo azul y dorado.

Tras las ramas se dibuja la colina soleada. Algunos labriegos en camisa cortan hierba en un campo verdeante.

La parte fecundada del terreno labrado, amarillo, y el viñedo gris punteado de olivos acá y allá!

Las manos oliendo a resina.

La campiña al mediodía; el sonar de la podadera, que trae el viento.

El pañuelo encarnado alrededor del cuello del muchacho que ríe al sol.

Y mi corazón que se despierta.

Un pájaro silba tras los abedules y su silbido tiene el sonar de un beso.

La primavera se acerca, corazón mío.

### Madrigal.

Como el sombrero del muchacho campesino cae de improviso sobre la mariposa de mayo y la envuelve en

tinieblas, así el dolor ha descendido de improviso sobre mi corazón y lo ha abatido.

Pero si un rayo de luz se filtra, la mariposa bate las alas irisadas y quiere reprender el vuelo; basta un momento de olvido para que el corazón se lance saltando sobre su locura y su esperanza.

Es inútil que yo lo llame a la realidad y lo reproche: —¿Por qué te eludes, corazón mío, mi desgraciado corazón? Nuestra bella, la que amábamos tanto, nos ha traicionado y bien traicionado. ¡Date paz y termínala!

Él no sabe resignarse a la muerte, y un momento después vuelve a partir como un rayo hacia su cielo.

Alguna vez estallará, lógico —entonces cada gotita de su sangre será para la infiel un proyectil envenenado — o un beso de perdón.

ARDENGO SOFFICI.

(Traducción y nota de Montiel Ballesteros).

Florencia, 1920.

---

Montiel Ballesteros sobresale netamente en la joven literatura americana. Hijo del Salto, ha publicado tres tomos juveniles: "Primaveras", "Emoción" (versos), "Savia" (poemas desnudos). Hace poco publicó en Florencia, donde ejerce el Consulado de la República, un libro "Cuentos Uruguayos", verdadera revelación que lo ha colocado de golpe al lado de los primeros cuentistas continentales. Está vinculado íntimamente a nuestra REVISTA, cuyo primer cuerpo de redactores integró, y cuya representación inviste actualmente en Italia.